

SUGESTIÓN Á DISTANCIA.



TENGA usted la evidencia, es un hecho.

— Pero, hombre, demuéstreme usted que la sugestión obedece á un principio científico.

— Sí, señor; la voluntad es energía como el calor y la luz, y se transmite lo mismo: las ondas llevan las irradiaciones volitivas.....

Se ha visto más de un ejemplo, y más de un millón de ejemplos.

Pintar un cuadro de historia ó una marina ó un paisaje, sin más pinceles ni más colores que la voluntad.

— ¿Y sin lienzo?

— Eso no sería posible.

— Sí, señor; pintándole en la atmósfera, en el éter..... sulfúrico. Y lo mismo podrá pintarse un retrato de persona desconocida, hasta mitológica, como algunos que presentan varios artistas en las Exposiciones.

— ¿Quién sabe!

— ¿Y naturaleza muerta? ¿Y arte retrospectivo? Por ejemplo: «Retrato de un conejo de 1600. Parecido comprobable *espirituosamente*.»

— Para creer es necesario ver, comprobar, estudiar; yo he visto casos horripilantes; personas que bailaban contra su voluntad.

— ¡Caramba!

— Pero no efectos patológicos.

— Personas, sí; ya lo ha dicho usted.

— He visto levantar muertos.

— Y «bofetás» en seguida, ¿verdad? Eso es corriente.

— ¡Ah! ¡si viera usted cuántos hechos históricos no han sido dilucidados, ni entendidos, ni explicados satisfactoriamente más que por un corto nú-

mero de sabios! ¿Usted cree conocer á Julio César, supongamos?

— Hombre, si le viera en la calle con *smoking* ó con cazadora y sombrero sevillano, y no me saludara, seguramente no le reconocería.

— Es claro: si él decía: «Soy Julio.....»

— En ese caso le reconocería inmediatamente en todo, como si estuviera viéndole vestido de corto ó de corte.

— ¿Usted no sabe lo que es un *medium*?

— Ni lo permita Dios: he oído hablar de la Edad Media, de la clase media, y de media naranja, y de media tostada de abajo; pero nunca he leído ni oído: «café con medium tostada», ni «es peor el remedium que la enfermedad», á pesar de que algunos cronistas, que todo lo toman hecho, hayan declarado la libertad de lenguas vivas y muertas.

— Hoy, el que se descuida se queda muchos kilómetros rezagado: la marcha del mundo es rápida, vertiginosa.

— No me aflija usted.

— Teléfono sin alambres conductores.

— ¿Invento de un tenor italiano? ¡Ya lo sé!

— ¿Qué tenor, ni qué.....?

— Paredes luminosas por Edison.

— Rayos X.....

— ¿Por Edison? ¡Cuántas calumnias! ¡Un hombre de su ingenio, que apenas se ha metido en inventar el fonógrafo! Y todo se lo atribuyen sus enemigos: el teléfono, el telégrafo y aun el *Telémaco*.

— Ya sabemos que es Röntgen el padre de los rayos oscuros; de los rayos X.

— ¡Ya!

— Ahí tiene usted sus últimas aplicaciones.



MIENTRAS DURA EL CHUBASCO.

Cuadro de Outin.

—Sí, señor: registrar el interior de los baúles y bultos en las aduanas.

—Es maravilloso.

—Ver, como si se abriera y examinase el baúl por dentro, una caja con tabacos habanos.....

—Y fumárselos.

—Unos cuantos melocotones para regalo.....

—Y ver los huesos. Pero hay un más allá; *más plusulta*, que decía un matador de toros «fino».

—¿Qué?

—Esas aplicaciones de los rayos Röntgen á la investigación de los interiores más recónditos de la persona.

Un señor, á cuya esposa examinaba con los rayos un médico para estudiar la enfermedad que padecía, preguntó al doctor:

—¿Qué será? Ni duerme, ni come, ni descansa, ni puede parar en la cama ni en parte alguna. ¿Qué será, doctor?

Y éste respondió con laconismo británico:

—Niña.

—Es portentoso.

—Pero comparado con la sugestión «por vibraciones intelectuales», nada significan los rayos X, ni las centellas N.

—Hay casos que ponen los pelos de punta.

—Y casos de embolados.

—Tal vez habrá usted leído en la prensa norteamericana.....

—¿Donde se publica todo lo maravilloso?

—Justamente.

—Leo de cuando en cuando cómo entendía aquella dama de una comedia del siglo XVII las cartas de Tomás Moro.

—Publicaron algunos de los citados periódicos el relato del caso. Un extranjero, europeo, no recuerdo de qué país, llegó á la India procedente de Australia; recorrió varios pueblos como representante de una sociedad agrícola en su país.

Un día le presentaron á cierto rajah.

Estaba éste en una especie de trono, en compañía de su esposa *la rajá*, cuando presentaron al europeo.

—¿Qué sér tan raro!—se decían los cónyuges *rajaos* viendo al extranjero, que, como palomino atontado, daba vueltas en la estancia y no podía estarse quieto.

Primeramente lo atribuyeron á timidez.

—Estos europeos son «ordinarios y cortos»—opinaba el rajah.

—Y es lástima, porque no son feos—añadía *la rajá*, cuyos ojos parecían, cuando así hablaba y mirando al hermoso europeo, no ya dos luciérnagas, que dicen los poetas con falsilla, sino dos lucernas.

Uno de los muchos días en que, invitado por los príncipes, comió en su mesa el extranjero, y ya en los postres, sin poder contener sus violentos impulsos, se levantó de repente, se aproximó al rajah y..... ¡zas! de una bofetada lo echó á rodar.

Lo que ocurriría después no era menester decirlo.

Murió martirizado, á pesar de las súplicas y las lágrimas de *la rajá*.

Fué víctima de una broma de un inglés aburrido, que le sugestionó desde Londres.

—¿Cómo?

—Repasó una guía de viajantes, ó *commis voyageurs*, y á capricho escogió un nombre.

—Este Mr. Jhones—pensó—quiero que dé una bofetada al rajah de..... tal punto, aunque tenga que recorrer el mundo para llegar allá. ¡Mr. Jhones, pega!

Y Mr. Jhones, inquieto, intranquilo desde aquel momento, viajó, sufrió, y al fin obedeció á su verdugo, digo, al sugestionador.

—Buen sugestionador será ese inglés.

EDUARDO DE PALACIO.





CHULAPERÍA ANDANTE.

—¿Que quién soy?...No *necesito* contestar á un inconsciente, Porque todos en España me conocen hoy por hoy; Y aun no siendo las palabras ofensivas *mayormente*, Siempre *tiene mala pata* preguntarme á mi quién soy. ¡Y la tiene! ¿Dónde hay párvulos de tres años para arriba Que *pernocten* en España, y no sepan de *verdad* Que yo soy aquí quien manda á el que impera á el que priva, Que decimos, en la *indocta* y en la culta *sociEDAD*? Pues entonces que *sus coste* que hace falta un microscopio Para ver al que se viene con preguntas sobre mí. Porque yo soy el auténtico *chulapón*, *pro* que el propio Que se dice y que se canta que pasea por *Madri*.

Y está dicho; y el que dude, que me siga en mis paseos Por arriba, por abajo, por delante y por detrás De tabernas y salones y cafés y coliseos, Con romances y discursos y comedias y demás. Y verá los que se sueltan á pensar con mi cacumen Y el progreso que á la lengua *del* Cervantes traigo yo; Porque vengo á ser el genio propiamente, y hasta el numen *Peró* que de la sintaxis castellana *de mistó!* Y *pa mí*— porque yo siempre que una cosa me figuro, Sea limpia ó sea sucia, siempre advierto que es *pa mí*— *Pa mí* que hoy en las metrópolis de la Europa de seguro Que se dice y que se canta que paseo por *Madri!*

Porque tengo yo personas distinguidas que me imitan Y me cogen el estilo, como ustedes notarán, En el *pelo* que se *toman*, en los *moños* que se *quitan*, En las *planchas* que se *tiran* y en las *latas* que se *dan*. Que se vean los *maletas* y los *golfos* y los *primos*, Cosas todas muy distintas de lo que eran hasta ayer; Y se observen los *infundios*, los *acharcs* y los *timos*, Y el *lo cual* y el *¡me parece!* y el *pa chasco* y el *à ver!* Pues á ver á quién se deben todas estas elegancias De la lengua de la patria chica en grande más que á mí! ¡*Ele* el propio y el castizo *chulapón* con circunstancias Que se dice y que se canta que pasea por *Madri!*

No me faltan escritores que me den sus parabienes, Pues *por mor* de mi gramática versifican solos ya. ¿Viene bien para la copla? Pues se dice *mira* y *tienes*. ¿Es preciso comprimirse? Pues se dice *tiés* y *miá!* Hay á veces malas lenguas que murmuran de la mía Y me vienen con latines..... ¿pero yo qué le he de hacer? Si el latín es lengua *madre*, el *chulapo* es lengua *tía*, ¡Y en cuestiones de familia no se deben de meter! Uno tiene ropa negra y se cuele en todas partes, Que se vean mis *prospeptos* que circulan por ahí: «¡*Chulapón* y reformista de las letras y las artes Que se dice y que se canta que pasea por *Madri!*»

Y lo dicho de las artes y las letras está dicho De otras cosas de la culta capital de la nación, Pues por fuero de mi gusto y por ley de mi capricho Las costumbres y las formas vienen siendo como son. ¿Dónde fueron los remilgos de la rancia cortesía? ¿Las antiguas reverencias y respetos, dónde están? ¿Que es muy guapa una señora?—Pues se dice: ¡*Buena tía!* ¿Que es amable un arzobispo?—Pues se dice: ¡*Qué barbián!* ¿Quién lo dice? ¡Los señores con *esmoquín* y *chistera* Que se bailan á lo chulo *de futraque* porque sí! ¡Porque sí! ¡Porque lo quiere mi persona sandunguera Que se dice y que se canta que pasea por *Madri!*

¡*Ole ya!* que á mí me gusta que se llame sin disfraces Al pan, pan, y al vino..... *tintas*, y á las cosas lo que son, Y *me traigo* buena *sombra*, y mis chistes son capaces De sacarle los colores á la estatua *del* Colón! Porque sé *tener pupila* y vivir echando roncas, Y gastarme cinco duros en *Madri* como en Bilbao; Porque sé que en estos tiempos de las *juergas* y las broncas El que *paga* á el que *pega* es quien *corta el bacalao!* ¿No es *Madri* la villa y corte? Pues aquí *sus* participo Que he nacido en esta corte y esta villa; y siendo así, Por *villano* y *cortesano* vengo á ser, *pero* que el tipo Que se dice y que se canta que pasea por *Madri!*

Esto dijo, y recalando en las cejas el chapeo,
Se entalló la chaquetilla, y con aire protector
Se alejó con petulante femenino contoneo
El ilustre y respetable *chulapísimo* señor!
¿Si los chulos me molestan? Ellos no; muy al contrario,
Con sus dichos espontáneos me reí más de una vez;

Mas..... que todos en la corte los copiemos *de ordinario*,
Me parece, caballeros, demasiada ordinariéz!
Disimulen si es que peço por hablar sin disimulo;
Pero conste que hasta ahora no logré dar en el quid
De si es chulo *fin de siglo* ó si es siglo *fin de chulo*
El que dicen y el que cantan que pasea por Madrid.

CARLOS LUIS DE CUENCA.



LAS MACETAS.

Será la calle muy triste,
Será la casa muy pobre,
Pero la buena Gertrudis
Vive feliz con sus flores.
Son las macetas su huerto,
Las riega todas las noches,
Poda sus ramas, ingerta,
Trasplanta, siembra y recoge.
Tiene un rosal de cien hojas,
Tiene clavellinas dobles,
Geranios y pensamientos,
Hortensias y girasoles.
Lucen allí las camelias
Sus delicados festones,
La adelfa sus rosas pálidas,
Las margaritas sus broches.
Desde que en Marzo las plantas
Echan sus primeros brotes,
Hasta que arrastra sus hojas
Marchitas el viento norte,

Todo en los tiestos es vida,
Todo cambio de colores;
Que si una flor se deshoja,
Otra su capullo rompe.
Ramas y flores se abrazan
En selvático desorden,
Pian al rozar sus hojas
Los pajarillos veloces,
Y en aquel mundo pequeño,
Parecido al de los hombres,
Hay quien trepa y quien se arrastra,
Hay quien da fruto y olores,
Invasora mala-hierba,
Larvas que todo lo roen
Y mariposas que rondan
Los perfumados balcones.
Calla y observa Gertrudis,
Y se encuentra, entre sus flores,
Ella cada vez más vieja,
Todo cada vez más joven.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

CADENA PERPETUA.

Estaba Nicolás una tarde estudiando un pleito en que había de informar al día siguiente, cuando entraron de pronto en el despacho Antonia, su mujer, á quien amaba extraordinariamente, y su prima Clarisa, viuda desde hacía pocos meses. Ambas tenían por entonces treinta años ó poco menos; más que parientas eran íntimas amigas, y estaban guapísimas.

Clarisa iba con gran empeño de hablarle en seguida de un asunto importante. No tuvo más remedio que interrumpir la lectura de los autos y esnecharla. Lo que le dijo, por cierto con gran viveza de expresión, fué poco más ó menos lo siguiente:

—Mira, Nicolás; como sería inútil, y acaso perjudicial para mí, andarme con hipocresías, no te ocultaré nada: prepárate á ser mi confesor durante unos minutos. No importa que ésta esté delante. Recordarás que el disgusto de la quiebra, las acusaciones de que fué fraudulenta, los tres meses de prisión con su cortejo de escándalo y humillaciones, todo aquello, en fin, que no hay para qué repetir, ocasionó la muerte de mi marido. Cuando Pedro salió de la cárcel ya entró en casa gravísimo.

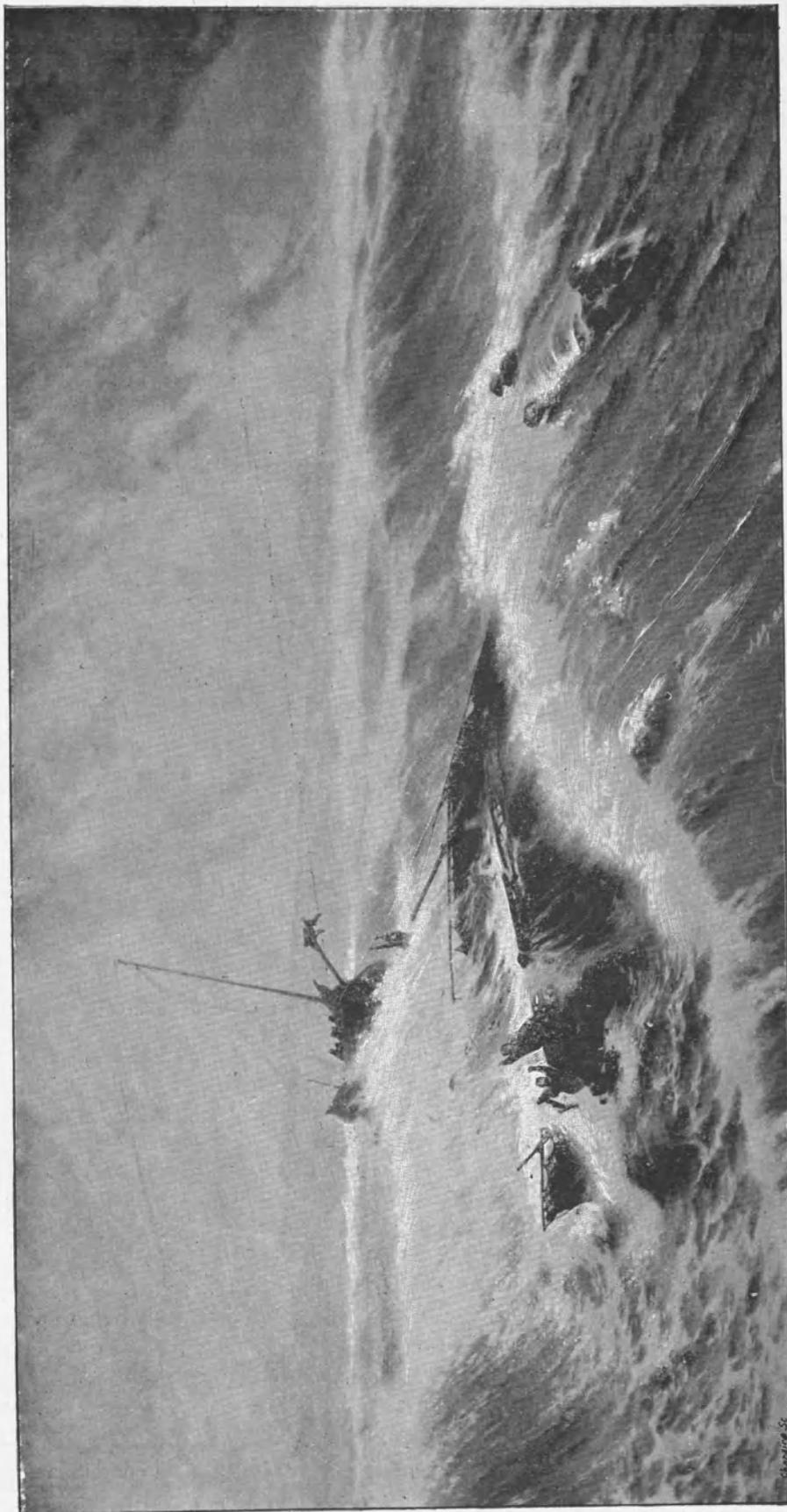
—De todo estoy enterado.

—Lo que no sabes es que además tuvo, por aquellos mismos días, otro disgusto horroroso..... Y aquí entra lo que me cuesta trabajo confesar..... pero es preciso. Ya recuerdas el genio de Perico: buen corazón, no lo niego; y en cambio un carácter imposible de aguantar: yo no era feliz. Á los dos años de casados, su íntimo amigo Javier.....

—Puedes ahorrarte detalles, porque no ignoro nada.

—Hice mal, es verdad; ya sé que eso no se justifica nunca..... En fin, bien caro lo pago. Perico nunca se enteró de nada, á Dios gracias. Lejos de sospechar de Javier, le inspiraba en todos conceptos la más absoluta confianza. Tanta, que el mismo día en que fueron á prenderle, dos horas antes de llegar la policía, Perico sacó de un escondrijo de su *secrétaire* un gran sobre lleno de títulos de la Denda por valor de veintisiete mil y pico de duros, y se lo dió para que lo guardase, porque no quería que al quedarme sola tuviese en casa aquella cantidad. «Toma—le dijo;—debía haberlo depositado hace días en el Banco; afortunadamente no lo hice, y gracias á esto no ha caído en las garras de esa gentuza. El mes que viene cobras el cupón y se lo entregas á ésta. Cuando se aclare mi situación ya te lo pediré.» «Te haré un recibo, que es mucho dinero y somos mortales», repuso Javier. Pedro se negó á tomarlo. Aquella misma tarde un inspector y un agente de policía se llevaron á Pedro, sin permitir que le acompañáramos.

A los veinte días Javier, con una doblez superior á toda ponderación, fingió que estaba celoso de un pobre señor que me perseguía hacía algún tiempo inútilmente, ¡te lo juro!; se puso groserísimo conmigo..... en fin, una disputa muy agria, y rompimos. No volvió á parecer por casa, dejó de ir á ver á Pedro á la cárcel, y hasta de ocuparse en las gestiones que hacíamos para la excarcelación. Pasó mes y medio....., llegó el pago del cupón; yo me decía: «vaya, ya lo mandará.....»; pasaron ocho ó diez días más; le escribí, aunque violentándome mucho..... y hasta hoy. ¡Ni títulos, ni cupón, ni nada! ¡Ese es el caballero!



SALVAMENTO DE NÁUFRAGOS.

Quadro de Tattégramm.

Nicolás y Antonia exclamaron á un tiempo:

—¡Qué barbaridad!

Clarisa continuó:

—Por fortuna, tengo para vivir lo de mi padre. Pero aun hay más. Cuando Pedro salió á la calle absuelto por falta de pruebas, pero desgraciadamente sin que pudiera poner en claro su inocencia, Javier negó en redondo lo de los veintisiete mil duros. La escena entre ambos creo que fué horrible. Pedro estaba incapacitado para reclamar nada, porque, como comprenderéis, tenía que haber empezado por confesar la ocultación de los veintisiete mil duros en perjuicio de los acreedores. Figuráos su situación. La rabia de verse atado de pies y manos, con lo bilioso que era, fué indudablemente lo que aceleró su muerte..... Pero, ¡ahora me toca á mí!

La expresión de los ojos de Clarisa, la energía de sus palabras y hasta cierta sonrisa forzada y fría, denotaban algo terrible.

—Dudo que puedas hacer nada—dijo Nicolás.

—Puedo perderle, deshonrarle....., quizá echarle á presidio.

—¿Tú?

—Lo que oyes. ¿Te acuerdas de todo lo que pasó con Javier hace tres años en la casa Molleda y Pola, los banqueros?

—Sí; que siendo él cajero le faltó no sé cuánto, mucho; que del libro de caja desaparecieron dos hojas, arranca-las; que no se le pudo probar nada porque lo de arrancar las hojas lo hizo un escribiente suyo, á quien, en cambio, libré de quintas, marchándose entretanto fuera unos días; y, finalmente, que se acabó el asunto sin más contra-tiempo para él que el escándalo y perder la plaza. ¿No fué eso?

—Cabal—replicó Clarisa.—Pues esas dos hojas ¡las tengo yo! Cuando éramos buenos amigos, en uno de esos momentos en que los hombres no sabéis callar nada, me dijo que las conservaba porque le convenía para miras ulteriores; parece que en esas mismas hojas hay apuntaciones y asientos con que se pueden demostrar no sé qué picardías de la casa Molleda y Pola; claro está que Javier no había de presentarlas porque sería perderse, pero puede hacer que tercera persona interesada pida no sé qué examen, revisión ó investigación. Bueno, pues yo me dije: «si las tiene no es aquí, sino en la casita de Pozuelo», y allá me fui. El criado que le sirve de guarda era mío en cuerpo y alma: mi dinero me cuesta. Le dije que quería re-

cobrar unas cartas mías que su amo tenía; me dejó, hasta me ayudó á abrir una cómoda antigua, que yo ya conocía, con un manajo de llaves que llevé; y, para abreviar, en mi poder están las dos famosas hojas del libro de caja: por una de sus márgenes se conoce perfectamente que fueron cortadas con una navajita pequeña. ¿Si pensaría él que no había de vengarme de un hombre que primero me roba y luego me abandona? ¡Quiá! ¡No le perdono cómo amigo..... y como amante..... mucho menos!

Antonia, echándose las manos á la cabeza, exclamó con acento de asco é indignación:

—¡En mi vida he visto canalla más completo!

—Mira, Clarisa—dijo Nicolás,—todo eso es muy feo..... y muy grave. Ahora estoy ocupadísimo; ven otro día á verme cuando quieras, y hablaremos. La cosa es tan gorda, que por hoy no me atrevo á decirte nada; tienes que andarte con pies de plomo. Además, mi situación, si llegase á intervenir en esto, pudiera ser muy difícil. De Javier tengo malísima idea; le creo capaz de cualquier fechoría; pero, aunque no hayamos tenido nunca intimidad verdadera, ha sido compañero mío de carrera, estamos en buenas relaciones..... y el mundo es el mundo. ¡Tantas gentes saluda uno á quienes debía escupir á la cara!

—¿Es aquel moreno, alto, guapo, que nos saludó la otra noche en la Comedia?—preguntó Antonia.

—El mismo—repuso Clarisa, levantándose para irse;—en fin, vendré otro día y hablaremos.

Nicolás se quedó en el despacho. Antonia salió acompañando á su prima, y ya en la puerta, al despedirse, le dijo:

—¡Qué reservada, hijita! Tan íntimas..... y yo sin saber nada. Pues, como guapo, es lo que se llama un hombre hermoso.

—¡Y malo!

—Eso, por lo visto, también.

—Capaz de todo. Adiós.

—Adiós.

II.

Pocas semanas después de esta escena, Clarisa fué á pasar una temporada á Sevilla en casa de unos parientes; pero antes debió de hablar imprudentemente con alguien. Quizá el rencor la hizo indiscreta; tal vez en presencia de alguna amiga



C. H. KUECHLER

EN LA PLAYA.

Por Kuechler.

se le desbordó el deseo de venganza, y dijo algo acerca de la posibilidad de lograrla.

Ello fué que sus amenazas, sus esperanzas y hasta la índole del arma que pensaba emplear para satisfacerlas llegaron á oídos de Javier.

Este inmediatamente se marchó á Pozuelo, y vió con espanto que le habían robado las dos hojas del libro de caja. El miedo y la ira se apoderaron de él, pero nada pudo hacer sino despedir al criado; mas pensando mucho, atando cabos, recordó que Clarisa, única persona poseedora del secreto y ya dueña de las pruebas del delito, era íntima amiga y prima de la mujer de Nicolás; cayó en la cuenta de que éste tenía fama de abogado revoltoso, y que de intentar su antigua amiga algo contra él, á Nicolás, y no á otro, había de buscar.

Entonces tomó como pretexto consultarle un asunto á consecuencia del cual podía tener que pleitear; fué á verle varias veces; frecuentó su casa, é hizo cuanto pudo á fin de reanudar y estrechar relaciones con él para que, en momento oportuno, se le mostrase propicio á desviar el golpe que le amenazaba.

Nicolás, comprendiendo desde un principio su propósito, vió con disgusto aquellas visitas; pero por una parte, dada la antigua amistad que les unía, y sin causa que lo justificara, no podía negarse á recibirle, y por otra pensó que, andando el tiempo, acaso le fuera fácil sacar partido de la situación en bien de Clarisa y hasta en provecho propio.

Era hombre de poco sentido moral, y no dejó de sonreírle la perspectiva de que en aquel asunto tan sucio le estuviese reservado el papel de amigable componedor bien retribuido.

A los pocos meses de la visita última de Clarisa, y durante la permanencia de ésta en Sevilla, ya entraba Javier en casa de Nicolás y Antonia á todas horas. A él le proporcionó varios asuntos que habían de valerle algún dinero; á ella le hizo regalitos; comió allí, primero con desigual frecuencia, luego un día fijo á la semana; les mandaba palcos, obsequiaba á Antonia con flores; marido y mujer parecían haberse fácilmente puesto de acuerdo para aceptar la amistad de aquel hombre á quien tenían motivo sobrado para conocer y despreciar.

La osadía, el desparpajo, la gracia y la elegancia de Javier hicieron profunda impresión en Antonia, que comenzó á experimentar esa atracción sorbadora y letal que el pillo ejerce sobre la mujer

á quien, por temperamento ó por instinto, falta el áncora de la dignidad y la virtud. Él no perdía ocasión de hacerse simpático á sus ojos; ella reía sus ocurrencias, escuchaba con curiosidad insana y fruición pecaminosa el relato de sus conquistas, admiraba aquella mezcla de galantería y desprecio con que trataba á sus víctimas, hasta que poco á poco se fué sintiendo indefensa é invadida por un deseo vago de la culpa y un miedo deleitoso de ella, como si en su alma y por su cuerpo todo se hubiese derramado uno de esos venenos que ponen la fantasía rabiosa y dejan dormida la conciencia.

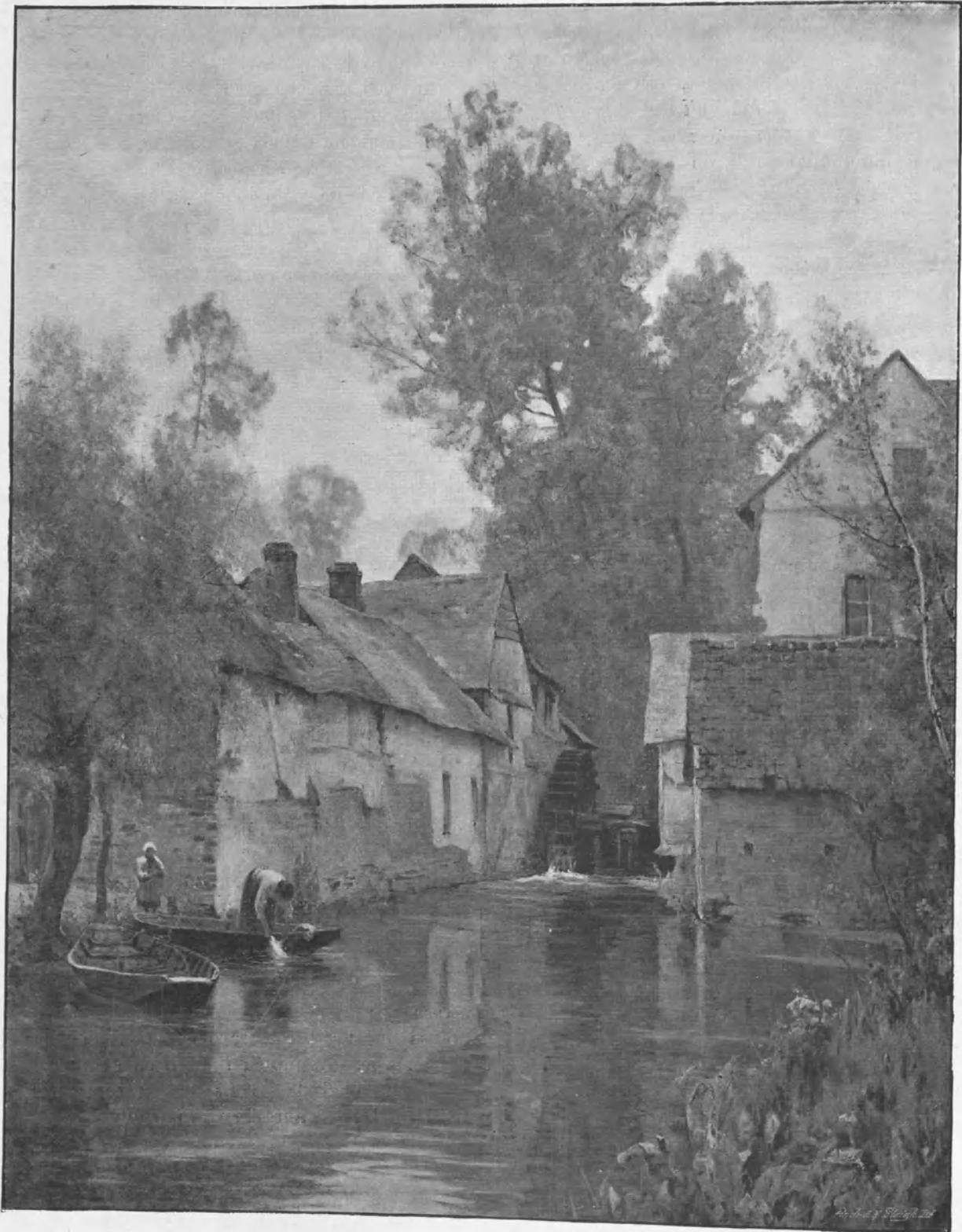
Nicolás no veía nada. Al cabo de seis meses comenzó á murmurar la vecindad. Las visitas de Javier llegaron á ser casi diarias; las salidas del marido solían coincidir con las llegadas del amigo; algunas noches en que Nicolás se quedaba trabajando y ella iba de tertulia á casa de unas amigas, Javier volvía acompañándola; un chico, estudiante, hijo de una familia que vivía en el principal, vió entrar una tarde á Javier en una casa de la calle del Conde-Duque, y á pocos pasos á Antonia venir sola en un coche y en aquella misma dirección; la hija de la portera contó que yendo un domingo á ver á una amiga, enferma en el hospital de la Princesa, les había sorprendido despidiéndose en la cuesta de Areneros; y, finalmente, una muchacha que la modista de Antonia tenía para llevar la caja, contó que las facturas de poca importancia iba ella á cobrarlas á casa de Antonia, pero que las cuentas gordas las pagaba ella misma, ó las enviaba la maestra por medio de una oficiala de confianza á casa de un caballero alto, robusto, bien plantado, moreno, con grandes bigotes negros, de aspecto muy varonil y simpático.

Desgraciadamente, nadie mentía. Antonia, aun sabiendo quién era y de lo que era capaz, se dejó trastornar, á sabiendas, por aquella hermosura vigorosa que tanto celebraba la aprendiz de la modista, y acaso también influyó en su perversión la facilidad de ponerse trajes, sombreros, moños y galas que antes le parecían adorno exclusivo de otras mujeres más felices.

III.

Nicolás me contó su desdicha y su venganza.

«Una noche, en vez de retirarme tan tarde como de costumbre, volví á casa algo más temprano, con



EL MOLINO.
Cuadro de Waterlow.

propósito de madrugar y ponerme á escribir en seguida. Subí la escalera, abro con mi llavín, procurando no hacer ruido, cruzo el recibimiento, luego un corredor, y al pasar de puntillas ante el cuarto de las criadas, oigo claras y distintas estas palabras: «Pues el día menos pensado verás tú la que se arma.» Era la voz de la doncella. La cocinera repuso: «O se hace el tonto como otro año que yo tuve, por la cuenta que le traía.» «Este año—decía la primera;—además, gana bastante.» —«¿Pero tú crees que no lo sabe? pues dí que es ciego. Quiá, hijita; de estas cataratas á gusto hay muchas.» Quedé inmóvil, como clavado al suelo, conteniendo la respiración, y seguí escuchando. «No, no lo sabe; sí que está ciego, porque la quiere mucho; acuérdate de cómo se pone cuando está mala.»—«Ella es muy mala, muy falsa; el otro deja siempre el sombrero en la percha, y la señorita viene, y entre el forro y la badana le pone el papel con la hora de la cita. Se ven en una calle, allá por cerca del cuartel de guardias.»

«Tan grande y tan dolorosa fué mi sorpresa que aun no comprendía yo quién era él, hasta que, al cabo de unos instantes, dijo una de las muchachas: «Como hombre es un real mozo, lo que se llama un hombre gnapo; pero dicen que es muy malo.» «Hace años parece que salió en los papeles, por si faltó ó no faltó dinero en una casa de banca donde estaba empleado. El otro año que yo tuve decía que si en vez de ser un caballero llegase á ser un pobre, lo zampan en presidio..... en fin, que hay cada casa.....»

«Así siguieron un rato. La revelación fué tan completa como brutal. El pecho se me llenó de ira..... y los ojos de lágrimas. Tendré los defectos que se quiera, pero la adoraba. ¡Creí desplomarme allí! Cuando callaron seguí á obscuras y de puntillas al despacho, y me dejé caer en el sillón, ante la mesa de despacho, allí mismo donde miles de veces me había puesto á trabajar contento, pensando en ella; porque lo bueno y lo malo que he hecho en este mundo ha sido por Antonia. Hasta mis faltas de delicadeza, y el aguzar el entendimiento más de lo debido, y el empeño en ganar mucho..... todo, todo por ella.....»

«Empecé á recordar, á pensar en cosas pasadas; vinieron á mi memoria pequeñeces y detalles antes inadvertidos. ¡Tenían razón! Parecía que estaba ciego. Y lo que más me hacía sufrir era la convicción de que aun valiendo yo poco, y habiendo hecho cosas feas por tener con qué con-

tentar sus gustos y caprichos, me deshonraba por un hombre de quien á ciencia cierta sabía que era un miserable ladrón. Porque desde que Javier rompió con Clarisa sabía Antonia lo de los veintisiete mil duros, y lo del desfaleo en casa de Molleda y Pola. ¡Cuántas ideas se me pasaron por la cabeza! Sorprenderlos, matarlos, ¡pero á los dos! Todo me parecía poco.

«De madrugada sentí un frío espantoso, y me fui á la alcoba. Afortunadamente, teníamos dos camas. Estaba dormida, y me acosté en la mía sin meter ruido. No pugué los ojos. Hasta las ocho de la mañana estuve oyendo su respiración clara, acompañada, igual, tranquila como la de un niño. Aunque viva cien años no tendré momento de serenidad y sangre fría igual al que tuve cuando al despertarse, ya bañada la alcoba por la alegre claridad del día, me preguntó: «¿A qué hora viniste anoche? ¿Cómo no te habré oído entrar?»

«Callé, fingí, disimulé, pasando días amargosísimos, convenciéndome tercamente, hasta pensar y madurar mi plan de venganza. Nada de sangre, ni más escándalo que el inevitable; una separación pacífica, tranquila, pero horrible.

«Puse un telegrama á Clarisa para que viniese inmediatamente, con encargo especial de no ver á nadie, y menos á Antonia, hasta que no hablara conmigo. Llegó, fui á verla, y le hablé de este modo: «Si quieres vengarte de Javier y recobrar algo, yo me encargo de ello.» Le bastó mirarme para comprender que hablaba por cuenta propia. Entonces, espantada, repuso:—«¿Has subido..... qué..... Antonia....?»—«¿Tú lo sabías también?»—le pregunté.—«Sí; por eso me he estado más tiempo en Sevilla, porque, viviendo aquí y viniendo á tu casa, había de ser cómplice ó delatora.»—Yo le dije:—«No te pido disculpas; te propongo un negocio. Tú sola no conseguirías nada.» «¿Quieres venderme las dos hojas del libro de caja de los Molleda, suponiendo que esas dos hojas demuestran la culpabilidad?»—«¡Ya lo creo que la demuestran!»—contestó,— como que en ellas está «la numeración de unos títulos de la Deuda que luego Javier vendió como suyos, lo cual se puede probar, porque su agente la tendrá también apuntada; además, éste tendrá que decir quién los adquirió, y el comprador acaso conserve la póliza.» «Con un poco de astucia por nuestra parte está perdido. Pero—añadió—te equivocas en una cosa; yo no quiero vengarme sólo porque me haya robado, sino también porque me ha humillado: podría

»venderle la venganza del robo, eso casi sería un negocio; la que no vendo es la venganza de mi amor propio y de mi dignidad de mujer, que por culpa suya he perdido. No me des dinero; yo te regalaré las hojas del libro de caja con una sola condición: que has de hacerle desgraciado para toda su vida.»

»Á las veinticuatro horas tenía en mi poder aquellos papeles. Me bastó verlos para persuadirme de que yo era árbitro del porvenir de Javier: ¡estaba en mis manos sin defensa! Entonces acabé de perfeccionar mi plan con verdadero refinamiento de odio.

»Una noche, hallándonos los tres en el gabinete de Antonia, me levanté, eché á la puerta la llave, guardándomela en el bolsillo, y encarándome con ellos, lo más sereno que pude, les dije alternativamente:

—«He pagado bien cara la necedad de haberte recibido en mi casa. Me has robado el amor de esta mujer, y tú le has hecho caso deshonrándome.»—Quedaron aterrados.—«No repliquéis, porque es inútil. Ni á ti te servirá de nada el valor, ni á ti las lágrimas. Ni quiero batirme contigo, ni á ti matarte. No merecéis que arriesgue la vida, ni que pase una hora en la cárcel. Me vengo á mi manera. En poder mío están—añadí, mirándole frente á frente—las hojas que arrancaste del libro de caja en casa de Molleda y Pola. Clarisa me las ha dado. Tengo hasta la prueba de que por aque-

los días vendiste los títulos robados. El día que me acomode vas á presidio. Pero no quiero eso, sino mucho más. Vas á salir de aquí con esta mujer ahora mismo, como está, con lo puesto. Ella sabe que tú eres un ladrón, y tú sabes que es una mala mujer. Yo os junto, y os ato y os sueldo uno á otro, ¡para toda la vida! El día que la dejes ó consentas que se separe de ti, entrego esos papeles á la justicia.»

»Su espanto fué superior á lo humano. Javier me miró fuera de sí, presa de una emoción indefinible. Antonia se quedó blanca, con los ojos desmesuradamente abiertos, y quiso arrojarse á mis pies. Él dió dos pasos con intención de ganar la puerta: ella lo notó con asco, y yo lo estorbé resuelto. Allí comenzó el divorcio de sus almas. Insolencias de uno, lágrimas de otro; á todo resistí. Aquello no podía prolongarse. Antonia fué la primera que, doblegada ante mi entereza, dijo con voz desfallecida: «¡Vamos!» ¡Qué cara puso él!

»Les vi salir, saboreando brutalmente esa alegría negra en que parece desbordarse por el alma el odio satisfecho.

»Todavía....., en la puerta de la escalera ella se me abrazó á las rodillas, gritando: «¡Prefiero que me mates!» Y yo, rechazándola, repuse al tocarla con repugnancia y pena, ¡por la última vez!:

«Sois dos infames, y lo sabéis.....; id juntos, juntos para toda la vida: ¡á cadena perpetua!»

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

RESIGNACIÓN.

SONETO.

Aunque la pena se cebó conmigo
Y me bñó tu Justicia, en mi arrebato
No me revuelvo contra Ti, insensato,
Ni tu nombre, colérico, maldigo.

Eres mi Padre, y sufro tu castigo;
Eres mi Rey, y cumplo tu mandato;
Eres mi Juez, y tu sentencia acato;
Eres mi Dios, y tu poder bendigo.

Mi resignada voluntad se humilla;
Y mientras corren, como ardiente lava,
Las lágrimas que escaldan mi mejilla,

Mi atribulado corazón te alaba,
Y beso, doblegando la rodilla,
La santa cruz en que el dolor me clava.

MANUEL DE SANDOVAL.

MENUDENCIAS.

—¿Se acuerda usted de Buendía?
—¡Ya lo creo! y con placer,
Porque á nadie he visto hacer
Los galanes que él hacía.

—Pues ahora gana dinero
Haciendo barbas.

—Será
Característico.

—¡Quiá!
No, señor; ¡es peluquero!

Yendo borracho Estremera,
sin un céntimo siquiera,
fué víctima de un atraco,
y, por quitarle algo, el caco
le quitó la borrachera.

FEDERICO CANALEJAS.



HORTELANA.
Cuadro de Blas.



FLORERA Y CAMARERA.



LOS AMIGOS DE BENITO.

(APÓLOGO DE HERDER.)

I.

Tres amigos tenía
Desde la infancia el buen Benito Ruiz,
Y con los tres vivía
Satisfecho y feliz.

Era el uno muy rico y poderoso,
Y por lo mismo frívolo, inconstante,
Egoísta, soberbio, caprichoso,
Altivo y dominante.

Y Benito, no obstante,
Aunque por él un día y otro día
Sufrió angustias crueles
É hizo más de una vez malos papeles,
Siempre á los otros dos lo prefería.

Casos como esté caso
Á millares se ven á cada paso.

Era el segundo afable y complaciente,
Pero, á la vez, ansioso y exigente,
En justa y natural correspondencia
De afecto y complacencia.
Á Benito mimaba y asistía,
Solicito y constante en su servicio,
Pero también en su favor pedía
Igual solicitud y beneficio;
Que para hacer más firme la amistad
Es fuerza que haya reciprocidad.

Era el tercero dulce, humilde, llano,
De abnegación y de bondad modelo:
Jamás Benito á él recurrió en vano,
Porque, alegre y ufano,
Siempre le dió, con fraternal desvelo,
Dicha en la paz y en el dolor consuelo.
Nunca le acompañaba en los placeres
De festines, de juego y de mujeres;
Jamás le abandonaba en los dolores,
Con mayor interés cuanto mayores.
Y si Benito alguna vez quería
Pagar su gran afecto y le decía:
—En prenda de amistad, dime, ¿qué quieres?

El siempre respondía
Con acento sencillo y cariñoso:
—Verte honrado, tranquilo y venturoso.—
Á pesar de ello, por extraño arcano
Del misterioso corazón humano,
Con injusticia grande y evidente,
Que en el mundo es la prueba de los buenos,
Benito lo miraba indiferente,
Y era el amigo á quien quería menos.

II.

Un día, con terror, supo Benito
Que le acusaban de feroz delito,
Y que el juez le llamaba á su presencia
Para probar su culpa ó su inocencia.
Y convulso, febril, lleno de espanto,
Pues no estaba tranquila su conciencia,
Vertiendo amargo llanto,
Acudió á sus amigos
Con ruegos en verdad conmovedores
Para que le librasen de castigos
Y fueran ante el juez sus defensores.

Excusóse el primero,
Siempre egoísta y vano y altanero,
Pretextando quehaceres importantes,
Muy graves y apremiantes,
Y abandonólo al punto
Esquivando mezclarse en el asunto,
Cuando después se supo por Benito
Que él fué el instigador de su delito.

El segundo ofrecióse á acompañarle,
Aunque ya vacilante y temeroso,
Suponiendo que el juez iba á juzgarle
Cómplice más que amigo cariñoso;
Y al llegar á las puertas
Del Tribunal, para Benito abiertas,
Detúvose aterrado,
Llorando sin consuelo
Con verdadero duelo;
Y deseando al triste buena suerte,

Ya más pálido y frío que la muerte
Le dejó en tal momento abandonado,
Marchándose con paso apresurado.

Sólo el tercer amigo,
Que de sus buenos hechos fué testigo,
Más constante en sus males que en sus bienes,
Dando al olvido agravios y desdenes,
Ante el severo juez acompañóle,
Que el sacrificio su amistad no esquivó,
Y del terrible cargo defendióle
Con frase tan sincera y persuasiva,
Que el justo juez su cólera templando
Al ver al delincuente ya contrito
Y sus buenas acciones compensando,
Al fin tendió los brazos á Benito,
Venciendo en la sentencia
Al rigor justiciero la indulgencia.

III.

Muere el hombre, llamado
Al tribunal de Dios, y abandonado
Se ve por las riquezas
Que él amó en este mundo sobre todo,
Aunque de ellas fué esclavo de tal modo,
Que causaron sus culpas y flaquezas.
Amigos y parientes
Van con él hasta el mismo cementerio

Llorosos y dolientes;
Mas allí se detienen, que el misterio
De la tumba y la muerte les aterra,
Y cuando al triste ya cubre la tierra,
Pidiendo, con piedad, para su alma
Eterno bienestar y eterna calma,
Presurosos se alejan,
Y abandonado y solo allí le dejan.

Por el breve camino que le guía
Al tribunal de Dios, el delincuente
Lleva la compañía
De sus buenas acciones,
Que él, en vida, miraba indiferente
Y aun con risa y desdén en ocasiones,
Pero que entonces ante el Juez divino
Le protegen y amparan y defienden,
Y con seguro tino
Del alto juez la cólera suspenden,
Logrando que al fin triunfe, en la sentencia,
Del rigor justiciero la clemencia.

IV.

Y ahora, lector, ¿deseas
Saber si es cierto lo que dejo escrito?
Cuando en trances difíciles te veas
Recuerda á *los amigos de Benito*.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.





ARTE



LETRAS

